

ATRAPADA

Caían los rayos de sol sobre la cuna, aquéllos que se habían escurrido entre los miles de ojos de las persianas, intentando robar su protagonismo a la penumbra. Ajena a aquel espectáculo de luz sin música, comenzaba a desperezarme de mi primera siesta del día, ¿o sería la segunda?

A lo lejos oía el sonido de cucharas y cazuelas, tenedores y platos. Josefina debía de estar en la cocina. El resto de la casa estaba completamente en silencio, como cada mañana. Todo el mundo trabajando. Todo el mundo en el colegio.

Siempre he sido bastante dormilona, pero ser bebé exaspera a cualquiera. Después de varios intentos, muchos exitosos, de volverme a dormir; después de entretenerme sola contando ovejitas, pero sin contar, y una vez que ya me había aprendido de memoria mis pies y mis manos de tanto mirarlos y remirarlos, de tanto tocarlos y retocarlos, la inquietud me empezó a dominar. Sí, me aburría terriblemente, y mis gritos no dieron sus frutos, nadie me oía, ¡qué contratiempo!

¿Y ahora qué hago yo?, me preguntaba. Parece ser que la juventud oculta a los jóvenes los peligros y los vuelve intrépidos, ¿qué no hará la extrema juventud? Y sin medir los peligros, tomé una firme resolución (todo lo firme que puede ser una resolución de un bebé, quiero decir).

Miré a mi alrededor: barrote, barrote, barrote... ¡Vaya, parece que estaba rodeada! Me levanté para dominar mejor el campo de batalla, mi cuna, y poder estudiar mejor el objetivo, salir de allí.

Parecía la escalada cosa imposible, sin puntos de apoyo y como arnés un simple pañal, y lo mío no era el contorsionismo ni el ballet para llegar con la pierna hasta la barandilla...

Así que no quedaba más opción que la fuerza bruta (todo lo bruta que puede ser la fuerza de un bebé, quiero decir), y posicionándome al lado contrario de la pared, me agarré a dos barrotes y comencé a empujar con el peso de mi cuerpo... Tenía que funcionar... ¡torres más altas habían caído!

Una vez, otra vez, y otra... ¡no era tan fácil como parecía! Y con más fuerza todavía volvía a intentarlo, cogiendo impulso hacia atrás una vez, otra vez, y otra... ¡Oh! La cuna empezaba a inclinarse...

De pronto una voz me paralizó: “Paloma, ¿qué estás haciendo?”, y Josefina me levantó para sacarme entre sus brazos. Sonreí y le estampé en la mejilla un gran beso (todo lo grande que puede ser el beso de un bebé, quiero decir).

Por fin había conseguido salir de aquella comfortable prisión...